

# LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO"

## PALABRAS DE OTOÑO

Guárdate tus corvas, mi corazón hastiado como fruto en sazón a la tierra se inclina; la senda ha sido larga, amiga, estoy cansado, y quisiera gozar de mi hora vespertina.

Oídme aquellos amores de folletín; mi herida no mendiga limosnas de piedades ajenas; yo tengo una tragedia y se llama mi Vida; para escribirla usé la sangre de mis venas.

Mi Otoño anticipado me vuelve reflexivo, me encuentro casi triste, sereno y pensativo, no siento las delicias del fúrr, es la verdad.

Mi espíritu se orienta hacia la eterna aurora, hasta que la catedral de Dios anuncie la hora de ser con mi Señor para la eternidad.

Medardo Angel SILVA.

## El Caballero Carmelo

Un día, después del desayuno, cuando el sol empezaba a calentarse, vimos aparecer, desde la roca, en el fondo de la plazaola, un jinete en hermoso caballo de paso, pañuelo al cuello que agitaba el viento, sanpedrano pelón de sedosa cabellera negra, y bendicha alforja, que parecía espuelas en dirección a la casa.

Reconocímosle. Era el hermano mayor, que años corridos, volvía, Salimos atropelladamente gritando: — ¡Roberto! ¡Roberto!

Entró el viajero al empinado patio donde el forro y la campanilla ondulaban en las columnas, como venas de un brazo y descendió en los de todos nosotros. Como se reconocía mi madre! Tocábalo, acariciaba su testadura piel, encontrábalo viejo, triste, delgado. Con su ropa empolvada aún, Roberto recorrió las habitaciones rodeado de nosotros: fue a su cuarto, pasó al comedor, vio los objetos que se habían comprado durante su ausencia, y llegó al jardín.

— ¡Y la higuera! — dijo. Buceaba entristecido aquel árbol en su semilla sembrada el mismo antes de partir. Reímos todos: — ¡Bajo la higuera! — dijo. El árbol había crecido y se meca armoniosamente con la brisa marina. Tocóme mi hermano. Limpio cariñosamente las hojas que le rozaban la cara, y luego volvió al comedor. Sobre la mesa estaba la alforja rebotando; sacaba él, uno a uno, los objetos que traía y los iba entregando a cada uno de nosotros. Qué cosas tan raras! ¡Por dónde había viajado! Quesos frescos y blandos, envueltos por la cintura con paja de cebada, de la Quebrada de Humay; chancacas hechas con cocos, nueces, maíz y almendras; frijoles colados, en sus redondas calabazas, pintadas encima con un rectángulo del propio dulce, que indicaba la tapa, de Chircha Baja; bizcochuelos, en sus cajas de papel, de yema de huevo y harina de papas, leves, esponjosos, amarillos y dulces; santitos de "piedra de Guamanga" tallados en la feria serrana; cajas de manjar blanco, tejas rellenas, y una traba de gallo con los colores blanco y rojo. Todos recibíamos el obsequio, y él iba diciendo al entregárnoslo:

— ¡Para mamá... para Rosa... para Jesús... para Héctor... para Y... para papá! — le interrogamos, cuando terminó. — Nada. — ¿Cómo? Nada para papá? — Sonrió el amado, llamó al sirviente y le dijo: — El Carmelo! — A poco volvió éste con una jaula y sacó de ella un gallo, que ya libre, sacó sus casados miembros, agitó las alas y parió estentóneamente: — ¡Conorecool! — — ¡Para papá! — dijo mi hermano. Así entró en nuestra casa este amigo antiguo de nuestra infancia ya pasada, a quien conociera historia digna de relato; cuya memoria perdura aún en nuestro hogar como una sombra alada y triste: el Caballero Carmelo.

II Amanecía, en Pisco, alegremente. A la agonía de las sombras nocturnas, en el fresco del alba, en el radiante despertar del día, sentíamos los pasos de mi madre en el comedor preparando el café para papá. Marchábase ésta a la oficina. Despertaba ella a la criada, chirriaba la puerta de la calle con sus melancólicos goznes; oíase el canto

del gallo que era contestado a intervalos por todos los de la vecindad; sentíase el ruido del mar, el frescor de la mañana, la gloria sana de la vida. Después mi madre venía a nosotros, nos hacía rezar, arrodillados en la cuna con nuestras blancas camisas de dormir; vestíamos luego, y al concluir nuestro tocadó, se anunciaba a lo lejos la voz del panadero. Llegaba éste a la puerta y saludaba. Era un viejo jules y blanco, y hacía muchos años, al decir de mi madre, que llegaba todos los días, a la misma hora, con el pan alientito y apetitoso, montado en su burro, detrás de los dos "cascos" de acero, repletos de toda clase de pan: hogazas pan francés, pan de manteado, rosquillas,...

Madre escogía el que habíamos de tomar y mi hermano Jesús, lo recibía en el cesto. Marchábase el viejo, y nosotros, dejando la provisión sobre la mesa del comedor, cubierta de linio brillante, íbamos a dar de comer a los animales. Cogíamos las mazoreas de apretados dientes, las desgarrábamos en un cesto y entrábamos al corral donde los animales nos rodeaban. Volaban las palomas, picoteaban las gallinas por el grano, y entre ellas, escañaban los conejos. Después de su frugal comida, hacían grupo al rededor nuestro. Venía hasta nosotros la cebra, refregando su cabeza en nuestras piernas; picaban los pollos, tímida y con sus largas orejas, sus redondos ojos brillantes y su boca de niña presumida; los patitos, recién "sacados", amarillos como yema de huevo, trepaban en un punto de agua; cantaba, desde su rincón, entonado, el "Carmelo"; y el pavo, siempre orgulloso, alarabero y antipático, hacía por desdicharnos, mientras los patos, balanceándose como dueñas gordas, hacían, por el bajo, comentarios, sobre la actitud poco gentil del petateante.

Aquel día, mientras contemplábamos a los discretos animales, escapóse del corral "el Pelado", un pollito sin plumas, que parecía uno de aquellos jóvenes de diez y siete años, flacos y golosos. Pero "el Pelado", a más de eso, era pendenciero y escandaloso, y aquel día, mientras la paz era en el corral, y los otros comían el modesto grano, él, en pos de mejores viandas, había encaramado en la mesa del comedor y roto varias piezas de nuestra limitada vajilla.

En el almuerzo tratóse de suprimirlo, y cuando mi padre supo sus fechorías, dijo, pasadamente: — ¡Nos lo comeremos el domingo! — Defendiólo mi tercer hermano, Aníbal, un poseedor, suplicante y lloroso. Dijo que era un gallo que había crecido espléndidamente, agregó que desde que había llegado el "Carmelo", que antes era la esperanza del corral y el único que mantenía la aristocracia de la alfarería y de la sangre fina.

— ¡Cómo no matar! — decía en su defensa del gallo a los patos que no hacen más que empujar el agua, ni al carbite que al otro día aplastó un pollo, ni al puerco que todo lo enloda y sólo sabe comer y gesticular, ni a las palomas que traen la mala suerte!... — ¡Su adujo razones. El carbite era un bello animal, de suave piel, alegre, simpático, inquieto, cuyos chirros apenas apuntaban; además, no estaba comido, probado que hubiera muerto al pollo. El puerco modesto había sido criado en casa desde pequeño. Y las palomas, con sus alas de abanico, eran la nota

blanca, subíanse a la cornisa a conversar en voz baja, hacían sus nidos con amoroso cuidado y se sacaban el maíz del buche para dárselo a sus polluelos.

El pobre "Pelado" estaba condenado. Mis hermanos pidieron que se le perdonase, pero las roturas eran venenosas y el infeliz sólo tenía un abogado, mi hermano y su señor, de poca influencia. Viendo ya perdida su defensa y estando la audiencia al final, pues iban a partir la sandía, inclinó la cabeza. Dos gruesas lágrimas cayeron sobre el plato, como un sacrificio, y un sollozo se ahogó en su garganta. Callamos todos. Levantóse mi madre, acercóse al muchacho, lo besó en la frente, y le dijo: — ¡No llores; no nos lo comeremos! —

III Quién sale de Pisco, de la plazuela sin nombre, saltosa y tranquila, vecina a la Estación y torna por la calle del Castillo, que hacia el sur se alarga, encuentra, al terminar, una plazuela pequeña, donde quedaban a Judas el Domingo de Pascua del Resurrección, desolado lugar en cuya arena verdegaban a trechos las malas silvestres. Al lado del Poniente, en vez de esas, extendiéndose el mar su manto verde, cuya espuma teje complicados encajes al besar la húmeda arena.

Terminó en ella el puerto, y, siguiendo hacia el Sur, se va, por estrecho y arenoso camino, teniendo a diestra el mar y a izquierda mano angostísima faja, ora fértil, ora infanzada, pero escarpada siempre, detrás de la cual, a oriente, extiéndose el desierto cuya entrada vigilan, de trecho en trecho, como centinelas, una que otra palmera desmedrada, alguna higuera nervuda y enana y los "toñines" siempre copotos y frágiles. Ondea en el terreno la "hierba del alacrán", verde y jugosa al nacer, quebradiza en sus mejores días, y en la vejez, barbeja como sangre de buey. En el fondo del desierto, como si temieran su silenciosa aridez, las palmeras íñense en pequeños grupos, tal como lo hacen los peregrinos al cruzarlo y, al ante el peligro, los hombres.

Seguendo el camino, divisé en la costa, en la borrosa y vibrante vaguedad marina, San Andrés de los Pescadores, la aldea de sencillas gentes, que eleva sus casuchas entre la ruidosa orilla y el estéril desierto. Allí, las palmeras se multiplican y las higuera dan sombra a los hogares, tan plácida y fresca, que parece que no fueran malditas del buen Dios, o que su maldición hubiera educado; que bastasen castigo recibida que sostuvo en sus ramas al traidor, y todas sus flores dan frutos que al madurar reventan.

En la hora del medio día, cuando el aire en la sombra invita al sueño, junto a la moza, toje la red el pescador abuelo; sus toscos dedos ayudan al niño que ha de arrear al sorprendido pez; raspa de abuela el plateado lomo de los que la vispera trajo la nave; saltan al sol, como chispas, las escamas, y el perro huemea en los despojos. Al lado, en el corral que correa enormes huesos de ballenas, trepan los chiquillos desnutridos sobre el asno pensativo, o se tumban al sol en la orilla; mientras bajo la ramada, el más fuerte pisa un remo; la moza frosea y ágil, saca agua del pozuelo y las gaviotas alborozadas resurren la mansión humilde dando gritos extraños.

Junto al bote, duerme el hombre del mar, el fuerte muchacho, cubriéndose por la brisa caliente y por la tibia emanación de la arena, su dulce sueño de justo, con el pantalón corto, las musculosas pantorrillas cruzadas, y en cuyos duros pies de redondos dedos, púndense, como escamas, las diminutas uñas. La cara tostada por el aire y el sol, la boca entreabierta que deja pasar la respiración tranquila, y el fuerte pecho desnudo que se levanta rítmicamente, con el ritmo de la vida, el más armonioso que Dios ha puesto sobre el mundo.

Por las calles no transitan al medio día las personas y nada turba la paz de aquella aldea, cuyos habitantes no son más numerosos que los dátils de sus veinte palmeras. Iglesia ni cura habitan, en mi tiempo, las gentes de San Andrés. Los domingos, al elevar el alba, iban al puerto, con los juncos cruzados de corvinas frescas y se veía en la capilla, cumplían con Dios. Buenas gentes, de dulces rostros, tranquilos mirar, moigeradas y sencillas, indios de la más pura ceca, descendientes remotos y ciertos de los hijos del Sol, cruzaban a pie todos los caminos, como en la Edad Feliz del Inca, atravesaban en caravana inmensa la costa para llegar al templo y oratorio del buen Pachacamac, con la ofrenda en la alforja, la pregueta en la memoria y la fe en el sencillo espíritu.

¡Cuán ríea alguna manchó sus claros ojos; morales y austeros, labios de marido besaron siempre inabogable de esposa; y el amor, fuente inagotable de odios y maldades, era entre ellos, tan normal y apacible como el agua de sus pozos. De fuertes padres, nacida, sin comedronas, rozagantes ni chachos, en cuyos miembros la piel había gruesas arrugas; aires marinos henchían sus pulmones, y crecían sobre la arena salada, bajo la solubridad

cas, sombreros de junco, alparagatos pañuelos añudados al cuello. Nos encaminamos a la "estación". Una frondosa higuera daba sombra a un lado, bajo sus ramas encadenadas, padre, rodeado de algunos amigos instaló. Al frente estaba el dueño del "Carmelo". Sonó una campanilla y dándose las gentes y empesados Salieron por lugares opuestos del patio, llevando cada uno un gallo. Yo zaron los huevos con singular calma. Brillaron las ceceñas, miraron los adversarios, dos gallos de distinta textura, y uno de ellos, el "Carmelo" respondió al otro, estallando medio del circo; miráronse ferozmente alargaron los cuellos, erizaban las mas, y se acometieron: Habo un guano de jadeante lucha, con sus ellos. Su cabezita alada y roja, el suelo, y la voz del juez.

— ¡Ha entrado el pío, señores! — Batió las alas el vencedor. Agitó la multitud enardecida, y los gallos, sangrando, fueron volando. La primera jornada había terminado. Ahora entraba el "Carmelo". "Caballero Carmelo". Un ruidoso expectación vibró en el circo: — ¡El "Ajiseo" y el "Carmelo"! — ¡Cien soles de apuestas! — Sonó la campanilla del juez y empezó a temblar.

En medio de la expectación que salieron los dos hombres, cada uno su gallo. Se hizo un profundo silencio y saltaron a los dos rivales. El "Carmelo" al lado del "Ajiseo" un gallo viejo y achacoso; todo postaban al enemigo, como si fueran que nuestro gallo iba a morir. Yo me aficionado que anunciara el triunfo del "Carmelo", pero la mayoría de apuestas favorecía al adversario. Voz frente al enemigo, el "Carmelo" empezó a picotear, agitó las alas y estentóneamente. El otro, con verdad no parecía ser un gallo distinguido sangre y alcaría, luchaba con tan petulantes euan hueras, luchaba con desprecio a nuestro gallo pasaba como dueño de la cancha, nardándose los ánimos de los sarios, llegaron al centro y alzaron erizados cuellos, tocándose los cos sin perder terreno. El "Ajiseo" dio la primera embestida; saltó la lucha; las gentes presenciaban en vivo la singular batalla y yo repetía la Virgen que sacara con lies a otro viaje paladín.

Bañase él con todos los años el experto luchador, acostumbrado a artes azarosas de la guerra. Como poner las patas armadas en el otro pecho, jamás picaba a su rival, — que tal cosa es cobardía — tras que éste, bravucon y metido quería hacerlo a alarzas y golpeo. Jodábanse, se detestaban, segundo. Un hilo de sangre corrió la pierna del "Carmelo". Estaba do, más parecía no darse cuenta de dolor. Cruzáronse nuevas apuestas favor del "Ajiseo" y las gentes licitaban ya al poseedor del "Carmelo". En un nuevo encuentro, el "Carmelo" cantó, acordóse de sus tiempos y metió con tal furia que destrozó otro de un solo impulso. Levantóse y la lucha fué cruel e indolente. fin, una herida grave hizo caer "Carmelo", jadeante. — ¡Ajiseo gritaron sus partidarios, creyendo en la prueba.

Pero el juez, atento a todos los detalles de la lucha y con acertados énones, dijo: — ¡Todavía no ha entrado el co, señores! — En efecto, incorporóse el "Carmelo". Su enemigo, como para hacerle, se acercó a él, sin hacerle, sacó entonces, en medio de los de la caída, todo el coraje de los Mos de "Caucato". Incorporóse "Carmelo", como un soldado acometió de frente y derrotó.

## ABRAHAM VALDELOMAR

El Ladrón! El Ladrón; Corazones: alerta ha traspuesto los muros el trágico ladrón. Antes de dar un paso mirad dentro la puerta hay un desconocido que empuña un azadón.

Han chirriado los goznes de la cerrada puerta. Ya, en el silencio, un bicho chilló su predicción. Mirad: por la brumosa carretera desierta va un fúnebre cortejo, camino del panteón.

Por qué tanta esa vieja campana dolorida? Abraham! Abraham! yo siento que me muero la Vida aquí en el pecho, hermano, como un cuervo feroz.

Abraham! Abraham! ¿en dónde? ¡cuándo! ¡cómo! a qué hora! No puede ser. Yo he visto tu góndola en la aurora con el Sol en la quilla. No puede ser, oh, Dios!

LIMA, Noviembre de 1919. Alejandro PERALTA

## MINUTO

Para Teodoro Alvarado Olea.

Microscópicamente, la lluvia diluía tras la ventana su tristeza gris; Horaban las campanas vespertinas los dolientes ritmos de sus Angelus. Tiemblan las hojas, lloran los niños en las cunas del mundo, tímidamente... el alma se ha dormido y el lirio del silencio florece en la quietud.

De pronto, los ojos somnolientos se catreabren, con vaguedad y tras un manto de vapores sutiles, aladadamente cruzada la sombra misteriosa, y vaga de Nuestra Señora de los Recuerdos, y la pasado gris como la tarde, infusa como la ilusión. La soledad se ha estremecido y las llagas floridas del corazón han sentido vagamente ponzoñosa una caricia hermanana.

Y el alma, tímidamente, llora su pasado-doloroso de ilusiones, idas; mientras en los viejos tejidos inmóviles, sigue tejiendo la lluvia su monotonía.

Tomás Alfonso Matéus P.

## PARABOLA

Para Tomás Matéus P.

Alma: tu vida es la fría indiferencia de la onda. Lejos... en tapios negros, vives una vida misteriosa, armonizada siempre en la contemplativa clarividencia de las plateadas curvas de los cisnes, las toraras vírgenes de los lagos... y es tu honda el dulzor inefable de la penumbra que da la luz.

Por eso, alma, vives triste, errabunda en tu cárcel enigmática, en tu ambiente interior, ensayando la gesticulación exótica de las cosas del mundo material.

Alma: abandona esa vida hermética, tu dolor pensativo ríe, alma, es mejor diluir la vida en cristalino vaso de ilusiones: es mejor empulgar, con los hombres que alimentan el engañoso espejismo de Nuestra Señora la Melancolía. Abandonemos el folleaje espeso de las selvas negras y las reconiteces invioladas de lo siempre desconocido...

Ahora... ríe: es mejor diluir la vida en cristalino vaso de ilusiones!

Teodoro Alvarado Olea.

clavados, y rebosando su pecho de la dulzura que han producido en él los encantos de tanta belleza, pisa de nuevo el suelo de su patria. Y ¡qué encuentra allí! La huella ensangrentada del ateísmo, las ruinas y cenizas de los antiguos templos, o devorados por el fuego, o despicados a los golpes de bárbaro martillo; sepuleros numerosos que encierran los restos de tantas víctimas inocentes, y que poco antes ofrecieran en su lobreguez un asilo oculto al cristiano perseguido. Nota sin embargo un movimiento, ve que la religión quiere descender de nuevo sobre la Francia, como un pensamiento de consuelo para aliviar un infortunio, como un soplo de vida para resumir un cadáver: oyo por todas partes un concierto de cálida armonía; se agitan, rebullen en su grande alma las inspiraciones de la meditación y de soledad, y ensajando y extático canta con lengua de fuego las bellezas de la religión, revela las delicadas y hermosas relaciones que tiene con la naturaleza, y hablando su lenguaje comprendo asombrado la misteriosa cadencia de oro que une al cielo con la tierra.

Jaimé Balmes.

## AMANECE

(Versión de Sully Prudhomme)

Del libro en preparación "Acuarelas Soleadas".

Llega el alba con leves sonrojos y preluídos de vaga alegría al espíritu más que a los ojos; cuando no es ni la noche ni el día.

Y parece que aguarda la tierra la inminente caricia del sol; hay un alto en la vida; en la sierra y en los llanos, fugaz arrebol.

De los cuervos y bestias nocturnas el errante clamor ha cesado, y el enjambre de voces diurnas del cortijo no ha comenzado.

Sólo un gallo nictalope puebla el espacio de hostil clarinada, y en los húmedos cielos la niebla no se sabe si es gris o azulada.

Flota y crece con grácil desgreño en las rutas vapor opalino, que semeja la fuga de un sueño ante el beso de sol matutino.

Bajo gaza de aljofares fina duerme el prado de mías odorante, y su malla sutil no ilumina el ardor de furtivo diamante.

Como sueña el magnífico espejo de la novia lanzar un latido de blancos de lis, da un reflejo de su nécar el lago dormido.

Madrugando, la virgen paisana, a las gentes del barrio sonríe desde el marco de alegre ventana, donde el hielo a la luz se deslie.

Hay un soplo que a ratos aumenta. Al vibrar claridad triunfadora, el oscuro horizonte revienta y saludan los nidos la aurora.

Allá abajo, en la globa rosada, sube al cielo de alondras un coro, y camina purpúrea vacada enristrando sus cuernos de oro.

F. J. Palquez AMPUERO.

WALK OVEE, calzado de buena clase, han llegado varias formas nuevas. Este calzado, es recomendado por todas las personas que lo usan. En rebajado hay cuatro formas nuevas. Calzado con suela reforzada, forma ancha, para el campo. Botas para montar, suela reforzada e impermeable.

Aimacán: LEVY HOS.

## LA INTERPRETE DIVINA



Madama Paulowa, interpretando "La Muda de Portici", ópera del maestro Auber, que ha sido puesta en cinematografía por los discípulos de la Sociedad Musical de Londres, y arrojada por la Universal films, de California. "Morir de Amor" se llama también este lienzo magnífico, donde tiembla prisionera la divina ópera, como tiembla el ensueño en el corazón de las mujeres románticas. La impecable danzarina eslava, la puesta su amor en cada escena, y allí la veis, en el minuto de la Fuga, como arroja desde los balcones de la vida, su escala de seda, o tal vez su ilusión de juventud, para que cante libre y bajo la noche su exótica locura espiritual, como hacen los ruseñores, al beso de la errante Ofelia celeste.

## SOBRE JABONES

SE DICE: que el jabón vegetal "VENADO", de fabricación inglesa, es el más económico, el que dura y limpia más, y por consiguiente reconocido universalmente como el mejor.

DICE: que el motivo de su superioridad indiscutible consiste en no ser preparado con desperdicios animales, que si bien es cierto permiten elaborar un producto de menos costo, en cambio hacen dañino el uso de los jabones que contienen tales ingredientes.

DE JABON "VENADO" AL POR MAYOR C. J. AROSEMENA.

## "G E I S H A"

Fuente de Soda Avenida Nueve de Octubre 217. Llegaron los cubitos enlozados completamente higienicos para atender pedidos a domicilio. Además de los exquisitos helados con las deliciosas cremas de frutilla y piña que elaboramos, ofrecemos: La sin rival Manteguilla Guatemalana y Quesos de esmerada preparación; Frescas en mermelada; Cerezas al Marrasquino; Miel de Abeja; Ensalada de frutas en almibar; Chicha de uva, estilo Champagne; Fugo de manzana, bebida digestiva; Chocolatitos en estuche. Por llegar: Uva Moscatel Española; Productos frescos, naturales y escogidos.